

GIROS a PABLO BENAIGES

C-C Postal n° 1328-79 TOULOUSE (Hte.-Gne.)

Precio de suscripción: trimestre, 150 frs.; semestre, 300; año, 600



Cuando el sacrificio de algunos hombres llega a ser tan inmenso como es el de la resistencia.

Cuando la libertad y el bienestar de todos es directamente defendido solo por unos pocos.

Cuando en nombre de nuestras Ideas se lucha y se muere:

¿Quién puede negar una aportación solidaria?

# LA RESISTENCIA REVOLUCIONARIA

## vuelve a asestar duros golpes, en Barcelona, al régimen que oprime a nuestro pueblo

### EDITORIAL

#### LA MARCHA DEL TIEMPO

Abandonarse al ritmo de los acontecimientos, desplegar el periódico todas las mañanas para constatar qué es lo que ha pasado y qué cosa ha dejado de ocurrir; esperar a que el tiempo lo resuelva todo, es una filosofía orientalista incompatible con nuestros intereses y nuestro temperamento.

El tiempo tiene la virtud de reformar todas las perspectivas. La erosión del tiempo ensalza las virtudes y empequeñece los defectos. Las condenaciones platónicas contra Franco y su régimen, son cada vez más platónicas y reverenciales.

Hay quien cena dos veces cada vez que se produce una escaramuza en los tinglados políticos y diplomáticos en la que sale vencido Franco por decisión; es decir, por lo que en términos boxísticos se llama «a los puntos». Sin embargo, una victoria a los puntos está más lejos del «knock-out» que de las tablas y que de la misma decisión a la inversa.

Franco sabe esto y espera del tiempo, de la acción olvidada y cicatrizadora del tiempo, el mas acariciado de los avatares. Ser admitido de rondón, de un fumante plumazo, circunstancias favorables por delante, en la tertulia de la O.N.U., antecala de los suspirados créditos.

Estas circunstancias pueden presentarse si no se cortan a Franco y a su régimen las esperanzas y el mismo resuello. Por acción directa subversiva, por serie tras serie de inebeciones traumáticas a sus puntos vulnerables. Aprovechando el tiempo, no perdiéndolo, en vatios de tertulia o mecidiendo en la hamaca orientalista de las simples conjeturas.

A Franco sólo se le vence robándole el sosiego y el tiempo.

LA CIUDAD CONDAL HA VUELTO A ADQUIRIR LA FISONOMIA REBELDE QUE DURANTE LAS JORNADAS DE MARZO LE IMPUSO LA ACCION HEROICA DE LOS GRUPOS DE LA RESISTENCIA REVOLUCIONARIA.

EL FASCISMO CRUEL Y SANGUINARIO QUE PATROCINA FRANCO, SUFRE ASIDUAMENTE LOS ASALTOS DE LOS HOMBRES QUE SE NEGAN A ACEPTAR LA ESTABILIZACION DE TAL REGIMEN DE IGNOMINIA.

EL PUEBLO ESPAÑOL, ENEMIGO DEL SISTEMA QUE LE OPRIME Y AVASALLA, MANIFIESTA COMO PUEDE SU ALBOROZO ANTE EL ESFUERZO DESCOMUNAL DE LOS HOMBRES QUE COTIDIANAMENTE ASESTAN RUDOS GOLPES AL INMENSO PATIBULO EN QUE LAS HORDAS DEL FASCISMO HAN TRANSFORMADO A LA PENINSULA.

LA SED DE LIBERTAD, EL ESPIRITU INDOMITO DE LA RESISTENCIA, EL ESFUERZO Y EL HEROISMO DESPLEGADO POR LOS GRUPOS QUE LUCHAN ENCONADAMENTE CONTRA FRANCO «EL HITLERIANO», HACE QUE EL MUNDO SE PERCATE DE QUE ESPAÑA ES UN VOLCAN QUE POR MOMENTOS DESPIEDE AVANLACHAS DE FUEGO Y QUE CONTINUAMENTE AMENAZA CON LA DESTRUCCION DE LOS ESTAMENTOS DEL ESTADO MAS CAOTICO, MAS PERVERSO Y MAS CRIMINAL, QUE REGISTRA EL MUNDO.

EL OLVIDO EN QUE TODOS LOS PUEBLOS HAN DEJADO A ESPAÑA, LA NECEDAD DE LAS NACIONES QUE CONSIDERARON O CONSIDERAN ZANJADO EL PROBLEMA ESPAÑOL, TIENEN DE LA REPRESION PERMANENTE, NO

NE UNA REPLICA CONTUNDENTE EN LA ACCION REVOLUCIONARIA DE LA RESISTENCIA. LOS PIQUETES DE EJECUCION, EL TERROR IMPERANTE EN ESPAÑA, LA AMENAZA CONTI-

HAN PODIDO APAGAR LA LLAMA DE LA REBELDIA QUE ANIDA EN SU PECHO LA RESISTENCIA REVOLUCIONARIA. CUANDO HECHOS COMO LOS PRESENTES

SURGEN DEL ESPIRITU LIBRE Y DE LA CONVICCION DE LOS MEJORES HIJOS DE UN PUEBLO, NO CABE DUDA DE QUE TARDE O TEMPRANO, EL OBJETIVO PERSEGUIDO SERA ALCANZADO. Y EL OBJETIVO DE LA RESISTENCIA ES LA LIBERACION TOTAL—NO PARCIAL—DE ESPAÑA.

FRANCO NO PUEDE AHOGAR, NI AUN EN SANGRE, LA FE QUE GUIA A LA ESPAÑA REVOLUCIONARIA. FRANCO NO PUEDE OCULTAR AL MUNDO LA SITUACION DE NUESTRO PUEBLO, Y AUNQUE EL MUNDO SE VUELVA DE ESPALDAS PARA NO VER, SUFRE LOS SOBRESALTOS QUE EL RUIDO DE LAS EXPLOSIONES LIBERADORAS LE PRODUCE.

¿CUANDO EL MUNDO VOLVERA SUS OJOS HACIA ESPAÑA? ¿CUANDO LOS PUEBLOS SE ACORDARAN DEL PUEBLO ESPAÑOL? ¿CUANDO EL PROLETARIADO INTERNACIONAL OFRECERA SU APOYO A LA ESPAÑA MARTIR?

¿LO IGNORAMOS! LO UNICO QUE SABEMOS ES QUE LA RESISTENCIA NO CEJARA EN SU EMPENO HASTA QUE DESAPAREZCAN DE ESPAÑA LAS HORDAS FALANGISTAS, HITLERIANAS, QUE HAN CONVERTIDO A LA PENINSULA EN UN INMENSO CAMPO DE EJECUCION.

BAJO LA EGIDA DE UN CONVENCIMIENTO PURO, DE UN DESEO DE LIBERTAD, LOS GRUPOS DE ACCION LUCHAN CONTRA EL IMPERIO HOMICIDA DE LA BESTIALIDAD FASCISTA.

BARCELONA, DE NUEVO INVADIDA POR LA GUARDIA CIVIL, POR LA POLICIA PRETORIANA, POR EL FALANGISMO SALVAJE, DICE CON SUS HECHOS SU FE EN LA LIBERTAD.

### ACTIVIDADES DE LA RESISTENCIA

Un grupo de la resistencia asaltó el pasado día 9 los garages de la C.A.M.P.S.A. de Barcelona, situados en la calle Sepúlveda. Después de desarmar a los guardianes, quemaron el edificio, destruyendo el incendio más de cincuenta camiones cisternas.

En el Palacio de Justicia de Barcelona, lugar en donde el régimen intenta dar visos de legalidad a sus crímenes, explotaron dos bombas el pasado día 9. Los desperfectos causados son importantes.

En el edificio del Ayuntamiento de Barcelona, explotaron dos bombas, causando desperfectos de importancia. El gesto de la resistencia corresponde a su deseo de terminar con las arbitrariedades cometidas por el actual alcalde.

La Jefatura Superior de Policía fué ametrallada desde automóviles ocupados por la resistencia. Se dice que se trata de un aten-

tado contra el jefe superior de policía.

Diversas comisarías de policía fueron asimismo ametralladas por la resistencia como réplica a los brutales apaleamientos a que la policía somete a los trabajadores que son detenidos por actividades antifascistas.

Varios atentados y sabotajes han sido cometidos por grupos de guerrillas en el Tibidabo de Barcelona.

Las fuerzas represivas del régimen franquista patrullan por las calles de Barcelona, dándole a la ciudad un aspecto bélico.

La policía circula en taxis y coches particulares requisados por la Jefatura Superior. A través de las ventanillas exhiben sendas ametralladoras ligeras.

El proletariado catalán sufre continuamente las molestias a que le somete la policía. Caches, registros, interrogatorios se suceden

# La canción de los caminos

La canción de los caminos es prosaica y poética, triste y alegre, optimista y pesimista; agua y fuego, dolor y goce, lágrima y risa. Además, es constante e infinita, porque la vida toda, se desarrolla en los caminos. Caminos de dolor y de sudor, caminos de ilusión y de esperanza; caminos, tantas infinitas en las que la vida popular imprime la soga del alma, el verso del espíritu; la obra de la desprecupación y la tragedia de la desgracia.

La canción de los caminos puede ser Libertad, pero también puede ser opresión. Por ellos se va al trabajo, se va a la amistad y se va al amor. Por ellos se va a la justicia y a la rebelión. Por ellos se va a la luz y se va a la sombra.

Don Quijote de la Mancha escogió la escena de los caminos y la plaza de las encrucijadas para desarrollar su acción de crítica acerba contra las injusticias, y en unos y otras encontró sobradas ocasiones para el desarrollo de su sabia doctrina y de su acción meritisima y esforzada.

El mundo en su todo es un camino; camino áspero de los montes, camino llano de las planicies en los que la piedra hecha polvo penetra en los pulmones del ca-

minante para nutrir su sangre de eternidad geológica. Camino vivo del río y del mar, que conduce a las más grandes gestas y a los más singulares resultados.

Es en los caminos y no en los salones donde se aprende el valor de los sacrificios y la importancia de la vida de relación. Recordemos los caminos de arena suelta de los desiertos terrestres, en ellos, trazados con simples huellas de dolor y de esfuerzo, tienen más valor un sorbo de agua y los museos de un camello que todos los palacios del mundo reunidos. Y en el mar, en esos caminos que señala la locura de las olas, en un naufragio, vale más una simple tabla que todas las condecoraciones, honores y riquezas que puedan ostentarse.

He aquí, por de pronto, un poco de filosofía de la mucha que nos ofrece la canción de los caminos, de esos constantes dinamómetros de la Humanidad. Un colapso en los caminos, la paralización de la vida de estos leves trazos sobre la faz del mundo, sería la paralización absoluta de todo lo demás, porque ellos son el sistema nervioso de la actividad y la medida justa del progreso de los pueblos; así, cuando más caminos,

más civilización.

Los primeros caminos formales eran enlосados. Ejércitos de parásitos, bajo el látigo vil, precedían a los ejércitos armados y a las comitivas de los magnates preparándose el terreno. Aquellas canciones debieron ser de tanto dolor, que pensarlas espanta. Después se generalizó y progresó la construcción de los caminos, que como promoción de riqueza con venían, pero siempre los desheredados hubieron de construirlos, no se ha dado el caso todavía de que el cenáculo de Principes que los explotaba se edificase a construir ni un solo metro de camino para saber el esfuerzo que reclama.

Actualmente continúan los pa-

rias construyendo los caminos, dando vida al mundo a costa, con frecuencia, de la suya propia. Pero, a pesar de todo, como obra popular que es, el camino es alegre. Yo recuerdo la cadena de madrugada y de atardeceres que he seguido los caminos de mi tierra, la vega de Valencia. No hay país más fraternal que aquel, ni personas más amables y comunicativas que las que transitan por los caminos de las huertas. Allí, hombres y mujeres, cantan si van solos y recitan si van en compañía. En aquella época aprendí amar a los caminos, con ese amor sereno y seguro de noble correspondencia que las cosas impersonales nos inspiran.

¿Quién no recuerda algún ca-

mino? El que nos condujo a una fuente, bordeado de florecillas silvestres como una constelación de estrellas multicolores; el que atravesaba un bosque bovedado por las olorosas ramas de los pinos; el que se orientaba a la amistad o el que nos conducía al trabajo cotidiano; el que nos guiaba a una cárcel, a un hospital o a un cementerio... cada uno aureolado por una canción, alegre o triste siempre con la letra del sentimiento y con la música de la emoción.

Existe en el rico léxico español la expresión lapidaria de «Arrieros somos y en camino nos contraremos», como diciendo que la hora de la justicia es segura y

que nadie puede escapar a ella. A este punto queríamos llegar; a esta encrucijada de todos los caminos del mundo que es la Justicia, pero no la Justicia amañada, interesada y parcial, sino la Justicia que emana de los hechos, de la verdad, y que cristaliza en las conciencias puras.

También de este nuevo camino nacerá una canción, la canción solemne y reposada de la Fraternidad y el Derecho Natural, y ampliándose más todavía en el corazón y en el sentimiento del Pueblo, quizás se convierta en la cumbre de la pirámide de nuestros ensueños, en Himno a la Razón.

Alberto CARSI.

## Carta a un joven escéptico

Estimado Eugenio: En rigor, debería comenzar estas líneas con frases de consuelo. Mas eso, me imagino, lo que esperas de mí y lo que de mí deseas; una buena dosis de fraternal consuelo, impregnado de suave melancolía y sin mayores pretensiones de lograr su objetivo; algo así como un recurso que se sabe estéril, pero que la buena educación obliga a poner en práctica a pesar de su inutilidad.

Pues bien, yo no conozco la buena educación. Y justamente por no conocerla, me ahorro las frases de consuelo y el intento ingenuo de reconciliarte con la vida. Acepto tu escepticismo, acepto tu desesperación, acepto tus desencantos: acepto todo eso—para reírme de ello sin rodeos—, desechando toda intención de convertirme en tu consejero o tu director espiritual. Sé de dónde viene tu pesimismo; sé a dónde va, y sé que es vano esperar emendarlo con «retacas infalibles» o sermones edificantes: no seré yo quien te transforme, ni mis críticas, ni mis bur-las.

«La vida—dices—es un eterno movimiento sin dirección fija. Lo más grave no es que carezca de objetivo, sino que carezca hasta

de rumbo. Vivimos sin saber por qué ni para qué, en una inconsciencia de la que no se sale ni se saldrá jamás. ¿A qué defender entonces esa vida ciega, zigzagueante, sin meta alguna? Mas vale no creer en nada que creer en la nada...» Llamas a eso el resultado de tu experiencia y en él basas todo el edificio de tu escepticismo: a ultranza; una vez proclamada la inutilidad de la vida, poco te cuesta extraer las consecuencias y presentar un brillante sistema de quietismo y nirvana absolutos: es muy fácil enterrar la víctima después de haber provocado su muerte.

Tu pesimismo—el pesimismo de los que aún tenéis treinta años—es ridículo a fuerza de ser trágico. Habéis vivido contemplando la vida desde lejos, sin «entrar» en ella ni saber que también existía fuera de vuestro círculo, y os atrevéis ahora a hablar de la esterilidad de la vida. ¿Es que acaso habéis luchado, habéis hecho algo que mereciera el nombre de esfuerzo? Nada conocéis pero todo negáis; os llamáis desilusionados cuando nunca habéis tenido una ilusión; y fracasados sin haber jamás emprendido nada. ¿De dónde nace entonces vuestro es-

cepticismo, si os habéis detenido antes de comenzar la marcha, antes de conocerla?

Y te atreves seriamente a hablar de tu experiencia... Una experiencia que se reduce al ambiente familiar y a la biblioteca paterna, a las juergas estudiantiles y a los romances quinceañeros; ese ha sido tu mundo, tu único mundo, el límite donde para ti terminaba la vida y empezaba el vacío. Y la única vez que has salido de él, la única vez que has intentado saltar el límite y marchar por ese vacío aterrador, te has detenido al dar el primer paso: lo tuyo no era eso, lo tuyo era un ensueño rosa hecho de continuos triunfos y sucesivos éxitos. ¿Cómo adaptarte entonces a una vida distinta, a veces áspera, con combates que no siempre terminan entre aplausos? Era imposible, era demasiado grande el sacrificio. Y tu solución fué la fuga idealizada: la fuga hecha método, sistema y doctrina.

«Me dejas que lo diga? En tu pesimismo hay diez por ciento de convicción y noventa por ciento de ingenuidad. No te apresures a exhibirme tu serie de argumentos; los argumentos están siempre al alcance de la mano, y con un tan-

to de habilidad en su empleo todo puede justificarse. Eres, si, un niño que quiere conocer la realidad y no quiere abandonarlo; o una virgen puritana que aborrece el amor porque lo teme y a quien escandalizan los besos, porque a nadie ha besado. Te has aferrado al escepticismo como a una tabla de salvación—tú no quieres hundirte, bien lo sé—y has convertido ese fatalismo en tu última defensa: en tu último refugio, más allá del cual está el verdadero hundimiento y el verdadero fin.

Necesitas que la vida te fecunde; tienes que darte a ella, no hay otro camino. Y tienes que darte entero, sin reservas, sin pudores: allí—en la entrega—empezarán otro mundo y otras perspectivas. Sé, y me duele decirlo, que quedaría en ridículo ante ti si invocara la existencia de un preterido deber: los deberes nacen luego de la entrega; no pueden precederla. Ya ves, después de esto, que no intento convencerte ni demostrar nada—no me creo poseedor de un evangelio, ni siquiera de una doctrina—. Te hablo sólo para justificarme, para que sepas (Pasa a la segunda).

R. Mejías Peña.

## TRALLAZOS

IV

«Un pueblo libre es el que cuenta una cierta proporción de hombres fieles, y si esta proporción no existe, para qué hacerse proclamar libre por los abogados?» (G. Bernanos. Cartas a los ingleses).

La personalidad de las multitudes, su psicología, los fenómenos que se dan en su existencia social, están no sólo influidos, sino constituidos por la personalidad y psicología de las individualidades que los integran. Pueden los tratadistas de la psicología colectiva argumentar sobre las diferencias que presenta el individuo aislado y la colectividad con la que convive, que el juego de influencias recíprocas es indudable y el carácter de la multitud, será

siempre la que sus reacciones se orientarán en función de las reacciones individuales. Una multitud, una colectividad de seres serviles, no podrá ser rebelde y un pueblo de hombres rebeldes no será nunca servil ni sometido, aun cuando las circunstancias le sometan temporalmente ante un despliegue de fuerzas coactivas.

En otra ocasión, a través de ensayos sobre las funciones y papel del sindicalismo revolucionario, decíamos que la personalidad del Sindicato dependía únicamente de la personalidad de sus militantes. Bernanos, al afirmar que sólo los hombres en su actuar permanente pueden hacer un pueblo libre, coincidiendo con aquella afirmación, va más lejos y como consecuencia lógica sienta el corolario que es lección para los humanos: «De nada sirve una legisla-

ción que conceda más o menos libertades, si la educación de los sometidos a ella, no acompaña la acción legal».

Puede bastar esta afirmación al escritor cristiano, cuyos sinceros conceptos merecen nuestro respeto, pero no quita ello para que no nos satisfagan.

Entendemos nosotros que la legislación de un país más o menos pretendidamente libre, es siempre la expresión «oficial» de las concesiones que las clases dominantes pueden y quieren hacer a las aspiraciones del pueblo. Si éste se considera en algún momento satisfecho con la labor de «sus» representantes en la legislación, es decir, si su moral y sus costumbres, su formación y aspiración, exigen una serie de (Pasa a la tercera).

J. Muñoz Congost.









# Sobre las minorías

«Pobre del elefante a quien odia una hormiga!»  
(Victor Hugo).

Así como no existe enemigo pequeño no existe tampoco minoría despreciable en el juego de la política y de los imperialismos. Parecería, a juzgar por el monopolio que ejercen las potencias estelares en el desconcierto actual de naciones, razas y pueblos, que las minorías no tienen otra opción que tragar quina, aguantar mecha y morir de asco. La astronomización política del universo terráqueo a base de soles, planetas, satélites y meteoritos, parece decretarlo así. Sin embargo, no es oro cuanto reluce.

Una minoría cauta, ágil en la maniobra y capaz de pensar previamente la jugada, puede sacar mucho provecho de su imperceptible pequeñez. Así en el cielo como en la tierra; en la civilización democrática y en la civilización

caldea. Una minoría malabarista no sólo es capaz de poner en jaque a sus mastodónticos adversarios, sino de hacerles pasar por el aro.

Cuando el barbudo Pizarro plantó sus botas en Tumbes, no tardó en darse cuenta de que era un grano de sal candidato a ser disuelto en la vasta marmita del Incario. Su congénere Hernán Cortés pasó por el mismo trance al poner en seco sus pezuñas en las playas de México.

Mucho se ha hablado del poder terriblemente mágico de las barbas de nuestros capitanes en Indias; del trueno impresionante de sus arcabuces y bombardas y del rayo fulminante de sus caballos. Se ha fantaseado aun más sobre el valor personal de nuestros bizarreros o peludos. La verdad es que no hay nada de atrevido que la ignorancia, ni héroe más recocado que el cobardón.

Entre las lanzas de los aborigenes y el mar, patrullado éste por enjambres de piraguas repletas de cupidos o flecheros, toda suerte de caldos y gelatinas debieron empapar calzas y gregüescos de los aventureros. Muchas de las batallas se dieron «a la fuerza ahorcán» y fueron ganadas con sudor diarreético; es decir, a la desesperada, por héroes enfurecidos y galvanizados por el carguelo. Vale decir que nuestros «echaos p'alante» lo fueron muchas veces porque no podían «echarse p'atrás».

¿De qué servían a Cortés las naves que éste quemara, o le socarraron los indios, teniendo cuentas capitales a saldár en Cuba y en la misma península?

Tanto el porquero Pizarro como el bellotero Cortés, supieron actuar como minorías frente a mayorías mimadas por la rivalidad o la defecación.

La rivalidad entre los vástagos de Huaina-Cápac brindó al pri-

mero de los extremeños la coyuntura de árbitro de la situación: revolver contra Atahualpa los ejércitos de su hermano Huáscar, pretendiente en desgracia. El oriundo de las pocilgas y robledales de Medellín supo sacar idéntico partido de la rebeldía tlasca-teca contra el feudalismo de Motezuma.

En nuestros torneos parlamentarios estamos hartos de ver cómo minorías fuertes se hallan imposibilitadas de toda función de gobierno. Sin embargo, partidos minoritarios pueden eternizarse en el poder. Una minoría débil, situada entre dos fuertes minorías, antagónicas como es de suponer, suele ser más festejada que niña casadera. La minoría débil tiene el privilegio de poder inclinarse a un u otro lado de las fuerzas minorías neutralizadas por su respectiva omnipotencia. La minoría débil puede manejar a sus adversarios

fuerzas como se maneja a los osos de sogá y pandero y trastean los chiquillos a los toros mancornados.

La pasada guerra europea fue una lluvia de rayos y centellas contra Alemania. Vencida ésta, reducida a la categoría de potro y establo para holgura de la caballería ocupante; echa una paca en la prensa de la guerra fría, han bastado unos años para transformar a aquella, de minoría molida y hecha puré, en pimpollo de cortejo. Alemania ha reconquistado la primera etapa de su «soberanía», maniobrando como minoría entre bloques monolíticos neutralizados. La «reducción incondicional» rooseveltiana se está transformando en oración por pasiva. Veremos muy pronto quién niega condiciones a quién.

Los pasados días lo fueron de viraje de noventa grados para la postura anglo-americana con respecto de Tito. La curva fué todavía más cerrada con respecto a Franco. Tito va a recibir a su antojo cuanto necesita de las arcas, almacenes y arsenales de sus terribles enemigos de Occidente. La maniobra de Tito, duna de arena entre dos montañas, ha sido tan perfecta que no le será exigido en el cambio claudicación política ninguna. El Estado de Tito, el «suvo», de hecho dentro de la órbita de Occidente, seguirá siendo comunista y totalitario.

Totalitario y fascista es el régimen de Franco y perfectamente compatible con las Cuatro Libertades, con la Carta y el Pacto del Atlántico, con la democracia americana y con el laborismo británico.

Frente al bloque Oriental totalitario, tenemos el bloque Occidental formado por demócratas de los plumajes más abigarrados: el fascismo de Carmona y Franco, el papa negro del Vaticano y los comunistas rabiosos que siguen a Tito.

«¿Qué música tocan quienes se parten el pecho por Oriente u Occidente?»  
Nosotros los rifamos a todos.  
J. PEIRATS.

## ¿Dónde está el futuro?

¿Quién es capaz de adivinar el porvenir? ¿Quién anunciar lo que ha de suceder mañana? ¿Quién de vaticinar los resultados? Todo es una aproximación, pero no una exactitud.

Tantas veces nos equivocamos, que éstas superan a las que acertamos, a pesar de que digamos y afirmemos lo contrario. La veracidad de las cosas y los hechos, es el total de nuestros equivocaciones, pero no queremos reconocerlo como tal y, persistimos en nuestra manía de adivino, obteniendo como resultado la obcecación u ofuscación de un pensamiento poco reflexivo.

Por esa manifiesta superioridad cerebral, que no tenemos, pero que nos parece poseer, cometemos tonterías a granel, y lo que es peor e incomprensible, que insistamos en repetirías.

Pocos, en verdad, hay en el mundo que escapen a ese influjo, porque la misma sociedad les condena a no ser nada sin ella, y con ella, a ser lo que ella quiera, para en su día, reducirlos a cero. De esta manera, con esta condición, impuesta por la rapacidad de los días, no será posible creer, ni pensar en un porvenir de color de rosa, ni en otro que se asemeje.

Y hoy, uno, por ejemplo, sueña en la mañana de la felicidad, y sueña así porque su lastimosa situación le hace ver lo ficticio, es decir, le ordena exactamente que se alimente de ilusiones, ayudándole su inferioridad a resistir los reveses de la vida.

Pero... ¿Quién no ha pensado en mejorar su condición? ¿Quién en su economía, base ésta de las diferencias existentes en la sociedad que habitamos? Nadie ha dejado de pensar en ello, y todos hemos sonreído ante un inmediato, de solución factible; pero generalmente, somos todos hojas del árbol que caen azotadas por el temporal. No obstante esto, seguimos forjándonos, en nuestros sueños, una cosa lejana: una vida llena de cantos armoniosos y alegría sin igual: un nuevo mundo abarrotado de generosidades sin par. Tal vez un paraíso feliz e igualitario; pero al tocar y pisar la tierra, al volver de nuestra excursión etérea, la frialdad que nos produce al primer contacto con ella, nos hace recapitular cuanto vimos en nuestro estado de inconsciencia y, ¿qué somos entonces? ¿Clases u hombres? ¿Vencidos o convencidos? ¿Generosos o crueles? ¿Conscientes o inconscientes? ¿Somos nada más que ambiciosos de la felicidad?

Más adelante, ¿qué? Profundizar el porvenir es vana quimera: fantasía de miles de colores y resplandores. Puro espejismo de lo que vimos en la sub-consciencia, y de forma sin igual, víctimas de nosotros mismos.

Lo palpable, lo que tocamos, no está en consonancia con lo que soñamos, puede, sí, tener alguna relación, pero nunca la relación completa, y es por esto que no podemos vaticinar lo que saldrá del hoy, para la grandeza del mañana.

No siempre somos consecuentes en nuestras apreciaciones, porque hay en todos y cada uno de nosotros, la propensión a caer en el error, impidiéndonos la inclinación a la predicción o de colocarnos en terreno neutro, sin decirnos a emitir juicio alguno sobre lo que podría ser en un futuro lejano o inmediato.

No digamos que mañana será, que se afirma; que los síntomas lo acusen de forma tangible, evidéntisima; que nada hay que lo niegue; que no son meros cálculos, sino hechos verídicos, porque mañana nunca llega, aunque sigamos diciendo lo mismo que dijimos ayer. Por esta razón, que es la razón de los que no prejuzgan, sino de los que sin decaimiento, tesoneramente, van paso a paso siguiendo los acontecimientos, nadie es capaz de adivinar lo que vendrá; pero nos vemos ligados a nuestra suerte, valga la frase, que es nuestra propia vanidad, y lo que en principio nos pareció muy distanciado, ahora lo hallamos al alcance de los dedos de la mano o por lo menos nos lo figuramos.

Otra vez ilusión. Otra vez equivocación. Otra vez desengaño. Esto es natural en todos aquellos que no cesan de «adivinar las cosas», pero como es habitual en ellos, cuando se equivocan, no lo

dicen, y cuando lo dicen, lo justifican a su manera, creyendo que todos cuantos los escuchan quedan contentos y satisfechos. ¿Pero, qué hay en el fondo, en sus convicciones íntimas? Falta de sinceridad y una inmensa cantidad de insustancialidad.

En realidad, el hombre que no comulga con las necesidades, ni cree en lo que no debe creer, está más próximo de descubrir el futuro que todos aquellos que, cegados por las apariencias, se fían en la circunstancialidad.

En consecuencia, ¿qué? Sencillamente, nada, pero en este nada está lapidado el seguir o no dando la soberana matraca del todo todo lo sabe; pedantería o petulancia del individuo u se jacta de conocimientos sociales y políticos, cuando es nada más que un advenedizo, un profano, sin saber nada de nada.

Comprender y saberse callar, pero trabajando sin tregua ni descanso, en aquello que se moldea a fuerza de perseverancia, es condición especial del hombre que se afana por derrumbar lo que le estorba, sin fijarse, ni fiarse del futuro, que no ve por parte alguna. No será adivino, pero casi siempre acierta.

MINGO.

## FELIPE DAUDET, o la sensibilidad anarquista

Sería tener un concepto bien mezquino de la especie humana, creer que, tan sólo motivos de interés material, de beneficio económico, pueden determinar y complacer al individuo. Estimar que el provecho, que el afán de ganancia, es el móvil que induce a pensar, a poner la voluntad en acción, sin otras miras más elevadas, es caer en la más prosaica de las aberraciones.

Las páginas de la Historia están repletas de hechos, de acciones, llevadas a cabo de un modo

desinteresado, romántico, nimbado de idealidad. Son gestas señeras, que destacan cual luceros resplandecientes. Aparte, la vida corriente, menuda trama cotidiana, hecha de hábitos y costumbres, sin reales, sin matices de viva originalidad, nos depara acasión de observar detalles, de mayor o menor resonancia, que revelan grandiosidad de sentimientos, magnanimidad de corazón, miras elevadas que están por encima de convencionalismos, de diferencias de clase, de ordenaciones jerárquicas y

de todo encaillado social: obediencia al sentimiento del individuo, a esta fuerza interior que crea la conciencia, libre de trabas, amasadas con la rutina de los dogmas laicos o religiosos, políticos o económicos. Es así cómo se forma una sensibilidad, que puede tener la pujanza, el valor ético que es característico en los anarquistas.

Escojamos, condensado en pocas líneas, un ejemplo que patetiza la dicha. Ejemplo bien característico, por cierto. Un día de fines de noviembre

del año 1923, en un de esas tardes, frías y brumosas de París, un taxi de punto se detenía ante las puertas del Hospital Lariboisiere. Del coche descendieron un joven, con el rostro cubierto de sangre, que manaba de la sien. Aparentaba tener unos 18 o 20 años, era alto y vestía con cierta elegancia. Dado su estado agónico, tuvieron que entrarlo con una camilla. Dentro del taxi y a los pies del joven, había una pistola. Dijo que se trataba de un suicidio.

Al principio, la cosa no pareció tener importancia. Uno más, de los numerosos casos que, en la gaceta de sucesos, en París, como en todas las capitales, los periódicos insertan en cualquier rincón de sus páginas interiores. No obstante, esta vez, la cosa tomó inusitadas proporciones. El joven, que falleció al poco de estar en el Hospital, era hijo de una relevante personalidad en el mundo de la política. Del jefe de las derechas en Francia, León Daudet, quien, en su periódico «L'Action Française», pretendió aminorar el mal, hablando del fallecimiento de su hijo, como si hubiera sido debido a enfermedad. Y entonces surgió el escándalo, que, como dijo Lecoq, estalló en el cielo político de la «Ville Lumière», como una fulgurante tempestad.

Los compañeros anarquistas de «Le Libertaire» publicaron un número extraordinario, con detalles sensacionales, en torno a Felipe Daudet, quien, no obstante el aparentar, por su aspecto físico, mayor edad, tenía poco más de catorce años. Se hallaba en los inicios de la adolescencia, ese período crítico de la vida en que, las ideas y los sentimientos, se afincan en el individuo y crean la personalidad, los rasgos del carácter para toda la vida. El editorial del mencionado número extraordinario, llevaba como título «León Daudet ahoga la verdad». A continuación, iban una serie de detalles, que dejaron estupefactos, al padre y a la madre de Felipe, así como a los amigos y a los enemigos del jefe de los «royalistas». No había para menos: Felipe Daudet, que hacía sus estudios en el Liceo Bosuet, donde iban los hijos de la más emporrotada nobleza de Francia, el joven, nacido y criado en un ambiente de hogar rico, aristocrático, religioso, había declarado ser anarquista, en carta de su puño y letra, escrita a su madre, muy pocos días antes de morir.

Aunque la etapa del llamado, en Francia, «anarquismo heroico» estaba ya algo distante y no tanto la del trágico desenlace de los Bonnot y Garnier, publicistas, pagados para desvirtuar la verdad, lanzaban, de vez en cuando, en libros o en artículos, pelladas de lodo contra el anarquismo. De ahí que para poner las cosas en su punto, por parte de los compañeros franceses, alguna vez, se hiciera alusión a hechos y figuras claudicando ante todo, la labor doctrinal, la exposición serena y razonada de las ideas. En folletón se había publicado en «Le Libertaire», un opúsculo que llevaba por título «De Ravachol a Casería», réplica quizás a un libelo, escrito por un tal Bouchardon, con el nombre de «Ravachol y compañía». Estaban también, en folletos, las declaraciones que, ante sus jueces, hicieron los Emilio Henri, Vaillant, Etievant, etc.

Algun tiempo antes de producirse el suceso citado, un joven bien vestido se presentó en la redacción de «Le Libertaire», estando en ella el que entonces era director, André Colomer, y el redactor Georges Vidal, un mozo que con (Pasa a la segunda).

Fontaura.

## LUNARIO ANECDOTICO

Al confeccionador de rarezas que titula su sección «Creálo o no», se le escapan muchas cosas; por ejemplo, «aunque usted no lo crea» hemos estado contemplando a la luna desde un rincón del Parque Central, que hace de mar de verdura al acantilado de los rascacielos de la calle 59. Ver la luna en Nueva York, apresada entre las torres de cemento y acero, pegada como disco de papel de estaño sobre un altísimo cielo azul, es algo rarísimo en esta ciudad, pues la gente no mira hacia arriba, sino hacia abajo, porque sabe que no hallará nada dirigiendo los ojos hacia el cielo, y puede encontrar una moneda si los dirige hacia el asfalto.

—La luna tiene culpa de cuanto ocurre—comenta un amigo pintor ribiteado de filósofo.  
—Antes se achacaba al sol y a sus manchas toda la culpa ahora es a la luna... ¡bueno!—replicó otro vagabundo de oficio y atorrante de inclinación.

—Si, señor—insistió el primero—vendavales, sequías como la actual, malhumor colectivo, suicidios, asesinatos... ¡todo débese a influencias selenitas!

El pálido satélite, esposa divorciada y melancólica de nuestro planeta, al que sigue cortejando discreta pero incansablemente, es el gran culpable de cuanto ocurre. Selene, Blanca como Pierrot, corcula como moneda de plata, fría como disco de nieve, brilla en el cielo con luz prestada, de pobrebre que está. Como el astro insolente, tiene sus manchas, y éstas, como las de Febo, sus interpretadores. ¿Hoy quieren que esas sombras lunares signifiquen trastornos en su cuerpo cadavérico, y que ellos influencien los nervios de la Tierra?

La luna, además de ser musa poética por excelencia, siempre se prestó a curiosas leyendas; cada pueblo, cada tribu, creó las suyas; serían necesarias muchas páginas para relatarlas todas. Hoy que están de moda sus manchas o sus sombras, voy a recordar las más características interpretaciones que el hombre les ha dado.

En Francia, por ejemplo, la mayor parte de los campesinos ven en la luna a un hombre agobiado por el peso de un fogote de leña, apoyado en un bastón.

En Inglaterra las madres enseñan a sus hijos un leñador armado de un hacha, que fué enviado a la luna por robar ramas secas, un domingo, en el bosque de Epsom.

En Suecia, la gente ve en las manchas a un cazador con su fusil.

En Canadá las sombras lunares representan a un «trapeur» resbalando sobre la nieve y cargado con un zorro que acaba de hallar en la trampa.

En México, los indios de ciertas regiones, ven un Teocali, o

sea, un templo piramidal.

La creencia más extendida es que las manchas de la luna representan una faz humana. Tan vieja es esta convicción que ya Plutarco escribió un tratado especial para combatirla. Pero no todos los pueblos ven la misma cara: los lapones creen que cuando la luna brilla enteramente, hay en ella un rostro que sonríe beatíficamente a causa de que el astro nocturno ha comido mucha carne de foca y bebido buenos litros de aceite de morsa, pero a medida que entra en menguante, la expresión cambia; frunce el entrecejo y barbilla y hace una mueca de dolor porque está sin comer.

Los chinos de ciertas provincias ven un dragón; los de otras, un pavo real con la cola abierta en abanico. En Corea se cree que la luna esconde un pez; en el Tibet, a un diablo... Los negros «miams-niams» de Africa Oriental, detestan al satélite plateado, porque aseguran

que lo espía desde el cielo, y por ello jamás salen de sus chozas cuando brilla.

Los somales afirman que en la luna habita un camello negro; los mauritanos, un león que lleva una gacela en sus cuernos; los pieles rojas ven un búfalo; los persas un elefante; los dahomeyanos una mujer dormida... ¡y los poetas de todos los países y de todos los tiempos, la hermosa y perfecta cara de la amada!

En general, la humanidad tuvo siempre excelente opinión de la luna, aunque es corriente creer que su luz es maléfica cuando se duerme bañado por ella... En la Edad Media no se discutía este poder de la luz lunar, y muchos cronistas hablan de locuras súbitas ocurridas por su culpa. En algunas partes, como en Yucatán, Cuba, riberas del Amazonas, y en la mayor parte de Africa, curanderos y adivinos necesitan de la complicidad de la luna para tener éxito en sus ceremonias má-

gicas aumentar el poder de sus filtros y eficacia al de sus encantamientos. Los negros de Haití bailan a la luz de la luna durante ciertos días del mes, para neutralizar a los malos espíritus. Los de la República Dominicana se desposan con la luna y conservan el celibato el resto de su vida. ¡Lastima que no pueda imprimir aquí los detalles lúbricos de la ceremonia, contada por un amigo escritor y diplomático del país! En Uganda se hace algo semejante, pero con muchachas núbiles; la luna es guardiana de la pureza virginal. Los astrónomos no dicen aun nada sobre las pretendidas manchas lunares; en cambio los astrólogos de morandanga, son elocuentísimos... ¡y ganan un dinerall!

Nos subimos a un fiacre tirado por un caballo de alegre andar, y seguimos las carreteras interiores del Central Park, a la luz de la luna.

Alejandro SUX.

## MEDITACIONES

Verdaderamente, el panorama social que se ofrece a nuestros ojos nada tiene de halagüeño. La esclavitud permanece establecida por doquier y su cesar adquiere nuevas formas destinadas a enganar a los hombres y a mantenerlos en ese estado caótico que, a través de los siglos, viene padeciendo la Humanidad.

Los hombres prosiguen su incesante búsqueda de libertades, sin acertar, en su mayoría, a salir del círculo vicioso del Estado.

El hombre no es dueño de nada. Ni su propia persona le pertenece. El monstruo engranaje de la sociedad capitalista aplasta todo vestigio de personalidad y para intentar decir YO, el ser humano véase obligado a colocarse al margen y frente a la sociedad.

A la explotación del hombre por el hombre, hay que añadir la explotación del hombre por el Estado. No bastaba la grotesca e inhumana imposición del capitalismo y ha surgido la superimposición del Estado, convertido hoy, en muchas naciones, en capitalismo máximo.

Querer ser anarquista, lo que equivale a decir LIBRE, es un delito que la sociedad castiga hasta en sus más insignificantes aspectos. El hombre, víctima de su propia obra, colabora generalmente en la erección de la guillotina que le es destinada. Y cuando horrorizado por el genio del mal que ha creado se subleva contra él, lo hace, generalmente, para formar otro tan absurdo como el que combate.

Ayer se hablaba intensamente de la guerra y en el flujo y reflujo de las pasiones desencadenadas en torno a ese dramático problema, véase cesar la cobardía y la ignorancia que arrastra el género humano. Hubo cobardía, hubo ignorancia y hubo guerra. Los mismos hombres que temblaban ante la posibilidad de la hecatombe, combatían como fieras cuando la tragedia iniciaba sus avalanchas de sangre y de fuego y las trincheras y los nichos habían sido abiertos. Mucho menos hubieran combatido los hombres, los mismos que lucharon después, y la guerra, las guerras no hubieran sido posibles en los tiempos modernos.

Hoy vuelve a hablarse de guerra, escalofríos de horror recorren la espina dorsal de la Humanidad. La gente tiembla ante la posibilidad de una nueva contienda, y las fábricas de aviones,

de tanques, de bombas atómicas, trabajan sin cesar movidas por las manos de los trabajadores que no saben evitar o que no quieren saber que están cavando su propia tumba.

El hombre es esclavo de la sociedad y la sociedad constituida en forma de negro tritura al hombre. ¿Para qué negarlo? El hombre sin Dios, sin Patria, sin Familia, es un proscrito, una víctima de la estupidez colectiva; y el proscrito, la víctima, no es nunca libre.

En tanto que amantes de las Ideas anarquistas somos enemigos del inmenso presidio que llaman sociedad capitalista, pero somos víctimas de él, somos presidiarios. Nuestra fuerza, más moral que material, reside en nuestra rebeldía. Nuestra gloria es nuestra perpetua protesta, el eco de los golpes que asestamos a los muros del presidio Solgado.

El hombre-masa, el hombre que desecha su personalidad, el que desestima sus derechos, es víctima también; como lo es el que manda, el que antepone un YO absurdo y grotesco y no quiere nivelarlo al yo humano y necesario de todos los hombres. El individualismo absoluto no es un refugio para el que busca su libertad, es más bien una excusa bajo la que se cobija su inhibición de una lucha que pertoca realizar a todos los hombres.

Y llegados aquí es donde se plantea el problema del humanismo y de la violencia. El libertario tiene necesidad de luchar contra la injusticia, contra las cadenas morales y materiales, contra la opresión en todas sus formas. Tiene necesidad imperiosa de derribar los muros del presidio-sociedad y de liberar al género humano del estigma que sobre él pesa en forma de perpetua esclavitud. Si no sienten esta inquietud, si se conforman con permanecer esclavo o tolera pudiéndolo evitar la subsistencia de la esclavitud, el libertario no es libertario.

La lucha por la valorización de la personalidad humana, por la Libertad, no puede tener otros límites que los de las necesidades humanas. Si la Libertad requiere el uso de la violencia contra los defensores de la inmoralidad, del crimen, de la crueldad imperante, la violencia debe ser empleada.

El humanismo del cirujano reside en saber cortar un brazo para atajar la gangrena. El humanismo del anarquista reside también en levantar brazo (Pasa a la segunda).

Juan PINTADO.



Con motivo de la devastadora sequía que azota a toda la Europa de Occidente, se han suscitado las especulaciones sobre la lluvia artificial.

La lluvia provocada había venido siendo una especie de panacea para suplir la rebeldía de los elementos que, desde un tiempo a esta parte, se han encespado, contra el hombre.

Después del desastre de la guerra, las nubes se han declarado en huelga, reemprendiendo su actividad los terremotos, las erupciones volcánicas y las chamusquinas de florestas y bosques.

Las últimas investigaciones sobre la lluvia provocada han venido a plantear un delicado problema para esta triste humanidad parcelada en naciones, imperios y encontrados intereses.

Una vez en la historia se ha puesto de relieve aquella añeja teoría de Humboldt que valoriza el principio de que nada se crea, nada se destruye y todo se transforma.

La lluvia provocada no crea nubes ni lluvia; obliga a las nubes errabundas por el espacio a arrojar su lastre cuando se hallan a tiro de ciertos artefactos ideados por el hombre.

Teniendo en cuenta que las precipitaciones que riegan la superficie de ciertos países de Europa tienen su origen en un punto dado y describen un cierto itinerario, cualquier interrupción o atraco a mano armada durante el camino puede ser causa de sequía provocada en los países destinatarios.

La puesta en práctica por libre iniciativa de la lluvia artificial puede, en consecuencia, ser causa de reclamaciones diplomáticas seguidas de conflictos armados.

El porvenir puede reservarnos la sorpresa de contemplar en pleno espacio masas de nubes escoltadas por otras masas armadas por aviones de combate... X.